RESEÑAS

Ricardo Pozas Horcasitas, *Los nudos del tiempo. La modernidad desbordada*, 2006, México, Siglo XXI Editores, 134 p.

El libro tiene como objetivo “construir el hilo que engarza a la modernidad con la globalidad”, por lo que no sólo constituye un fundamento en la línea de pensamiento que sostiene la permanencia de la época moderna bajo nuevas formas —‘como un *continuum* de fracturas’—, sino que además y más importante aún, es que dicha fundamentación se elabora a través de un recorrido histórico, sociológico y politológico de las ideas, acontecimientos e instituciones centrales de la modernidad, que destaca por su capacidad relacional y explicativa.

Debido a razones que no compete abordar aquí, la reflexión especializada sobre la modernidad se ha fragmentado en múltiples estudios que parten de diversos momentos históricos para enfatizar aspectos particulares. En este sentido, algunos autores comienzan en el Renacimiento, otros en la Ilustración, algunos hacen hincapié en la razón y otros en la estructura económica, lo que genera desconcierto entre lectores no especializados que encuentran sumamente difícil rastrear el nacimiento y desarrollo de las ideas rectoras de la modernidad a lo largo de su historia.

Por ello, una de las virtudes del texto de Ricardo Pozas es que, si bien diversos autores comparten que el nacimiento de la edad moderna se dio en el Renacimiento, esto no debiera ser óbice para establecer la influencia determinante que jugó el cristianismo. Como Habermas sostiene, limitar el concepto de modernidad al Renacimiento es demasiado reducido, ya que la primera vez que se empleó el concepto *modernus* fue en el siglo V para distinguir el presente, oficialmente cristiano, del pasado romano y pagano.

No obstante, como muestra el autor, no es sólo por ello que el cristianismo debe considerarse como un momento indispensable en la reflexión de la modernidad, sino porque el “el cristianismo es la primera religión que universaliza la posibilidad humana de libertad”, y esta concepción histórica, que le permitió

distinguirse del pasado pagano, implicaba ya la idea de que todos los hombres fueran iguales ante un solo Dios, el epítome de una revolución en el pensamiento que sería un elemento decisivo de los cambios por venir.

Es posible sostener que las ideas rectoras de la modernidad estaban ya contenidas en la consolidación del cristianismo como religión oficial, la idea de libertad, igualdad, universalidad e individualidad, así como también la importancia creciente concedida a la razón. Paradójicamente, este principio del cristianismo constituye un poderoso impulso al proceso de racionalización y secularización, que deberá ser entendido, éste último, a partir de su relación con el surgimiento de la economía monetaria o capitalismo.

A mi parecer, de lo anterior se desprende la principal virtud de la obra, el recorrido histórico y relacional que permite comprender cómo estas ideas fueron cobrando una forma particular a partir de diversos acontecimientos, entre los que se encuentran el Renacimiento, el capitalismo, la Ilustración, el romanticismo y la globalidad como regularidades que conforman el espíritu de una época determinante que ha entrado en crisis desde finales del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX. Así, este recorrido constituye la manera apropiada para comprender un proceso histórico en el que las ideas se van conformando, transformando y acoplando a diversas circunstancias que permiten entender la historia, no como un proceso racional ni azaroso, sino, como una relación entre lo regular y lo contingente, abierta a la interpretación científica, como plantearía Weber.

Algunos de los elementos que conforman este proceso histórico de nodal importancia para nuestra cultura y civilización son los múltiples acontecimientos que confluyeron durante el Renacimiento para que la idea de lo 'nuevo', que había estado presente en siglos anteriores y en culturas diversas, se constituyera como su referente identitario. Estos acontecimientos son designados en el texto como los responsables de la integración del mundo como condición de sentido de la modernidad, dada a finales del siglo XV, con el descubrimiento de América y la consecuente circunnavegación del globo, treinta años después. Ricardo Pozas construye una metáfora elocuente al decir que, a partir de estos hechos, 'el mundo quedó redondeado'. Y así, explica el texto, la necesidad de constituir lo nuevo como referente de identidad exigió que lo desconocido se convirtiese en certeza, lo que trajo consigo un nuevo impulso significativo al proceso de secularización.

No obstante, el descubrimiento de América fue resultado del avance del conocimiento científico, por lo que, en un período de un siglo aproxima-

damente, se conformaron una serie de acontecimientos, descubrimientos e invenciones que fueron, por una parte, consecuencia de las ideas rectoras de la modernidad que ya habían salido a la luz y, por la otra, causa principal de nuevas transformaciones que en su conjunto alimentarán, reforzarán, ampliarán y caracterizarán el surgimiento de la sociedad occidental hasta mediados del siglo XX. Estos acontecimientos—el nacimiento de la academia, la revolución copernicana, la invención de la imprenta—, contribuirán decisivamente al desarrollo y consolidación de la modernidad al fortalecer la tendencia a la racionalización y secularización de la vida social, con lo que surgirán también los nacionalismos y el régimen democrático como “modalidades culturales e ideológicas que validan a través de la racionalidad, a las instituciones del Estado y a la sociedad moderna como universales”.

Sin embargo, el desarrollo de las ideas modernas habría de consolidarse, en una medida importante, a partir de la relación histórica entre el proceso de autonomización del poder político frente a la Iglesia y el proceso de acumulación privada de capital, que significó, éste último, el impulso final y decisivo al proceso de secularización que habría de consolidarse hacia 1648, como consigna el texto, con la firma de los acuerdos de paz de Westfalia.

Por ello, merece especial mención la relación que el texto aborda entre el proceso de autonomización del poder político frente a la Iglesia y el proceso de acumulación privada de capital, ya que no fueron solamente Durkheim o Simmel quienes fundamentaron la relación entre la industrialización o capitalismo y la expansión de la libertad individual, sino también el mismo Marx.

Si esto no se comprende, se reproduce la visión maniquea que coloca al capitalismo exclusivamente como un sistema de dominación que parece simplemente ayudarse del proyecto de la razón moderna para llevar a sus últimas consecuencias la explotación y dominación del hombre por el hombre.

De esta forma, es por medio de la relación entre los diversos acontecimientos que hemos venido comentando, lo que le permite a Ricardo Pozas establecer y hacernos comprender, de manera dialéctica, la dimensión emancipadora que supone el largo proceso de racionalización de la vida social—que muchas veces tiende a olvidarse o menospreciarse—, y su relación y enfrentamiento histórico con el capitalismo, de cuya hermandad surgirán las condiciones para la transformación de la razón moderna en razón instrumental.

De ahí que la primera parte del texto concluya a partir y a través de sus múltiples relaciones en el recorrido histórico esbozado, con la importancia

adquirida por la razón durante la Ilustración, al constituirse como el principio de la organización social y ser así la causa del nacimiento de diversas ciencias sociales, particularmente de la sociología, como “la modalidad reflexiva moderna de la sociedad sobre sí misma”.

Finalmente, se concluye esta primera parte con la contribución de Marx, Durkheim y Weber como un avance significativo en la comprensión compleja y multidimensional de la modernidad, como la llama el autor, en la que se destaca desde Marx su dimensión como economía capitalista ligada a la expansión de las fuerzas productivas y a la creación del mercado mundial; desde Durkheim, la importancia de la división del trabajo que produjo la industrialización y consecuentemente, la expansión de la ciencia; y, desde Weber, su relación con los procesos de racionalización y desencantamiento del mundo.

La segunda parte del texto, relativa a la globalidad, se corresponde con la segunda parte del título de la obra, ‘la modernidad desbordada’, lo que es indicativo del diagnóstico sobre el proceso que siguió la modernidad en el siglo XX.

A partir de los referentes directos que conformaron el proceso de transformación global de la sociedad, tales como “la revolución tecnológica que significó el paso al sistema numérico de sonidos, textos e imágenes que se transmiten a la velocidad de la luz por medio de un código único”, la modernidad queda finalmente desbordada por el uso político y económico de estos nuevos cambios en el tiempo y en el espacio, mismos que constituirán la base de la que se desprende, no sólo por la importancia adquirida por los capitales financieros, sino también por las medidas concretas representadas por las políticas de estabilización y ajuste estructural, implantadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a partir de 1982.

Por ello, si bien en un sentido general es posible sostener que con la globalización “se han debilitado los controles sociales y culturales establecidos por los Estados, las iglesias, las familias o las escuelas”, y que en ello han participado de manera central los cambios en la información y en la comunicación –la expansión descontrolada y el papel particular que juegan los *mass media*, incluida la Internet, es un referente vertebral–, dentro de una mirada reflexiva y sistemática, como la que el autor nos ofrece, será el Estado el hilo conductor que articule estos diversos contenidos que, a su vez, vinculen este cambio de modalidad entre la primera etapa de la época moderna y la globalidad.

De esta forma, el texto presenta un recorrido histórico sobre los momentos, documentos y acontecimientos que conformaron nuestra época actual, a partir de una reflexión teórica sobre el neoliberalismo como fundamento ideológico de la nueva conformación del Estado. Es menester mencionar, una vez más, la riqueza de las explicaciones cuando son relacionales; en este caso particular la riqueza de la historia cuando también es teoría –sociológica–, y la riqueza de la teoría cuando se nutre del análisis especializado de la historia.

Por otra parte, considero que tiene particular importancia la incorporación de un análisis general, preciso y detallado, de la influencia de la globalidad en América Latina.

A través de una revisión de ‘las reformas de la primera generación’, del ‘Consenso de Washington’ y de las ‘reformas de segunda generación’ como referentes indispensables de un proceso que muchas de las veces está englobado en una caracterización general, es posible comprender también las nuevas problemáticas de la representación social de la sociedad, de la que se deriva la importancia de las organizaciones no gubernamentales en la conformación de nuestras sociedades.

Si bien son cada vez más conocidos algunos de los referentes centrales de la transformación estructural ocurrida en nuestras sociedades a partir del neoliberalismo, el texto presenta un cuadro de mucha utilidad para concretizar y sintetizar los cambios estructurales en la esfera laboral entre el Estado benefactor y el Estado empresario.

El texto finaliza con una reflexión sobre el Estado-nación en el mundo globalizado, con la que el autor analiza la influencia de la globalidad en “el desplazamiento de la centralidad del Estado en el desarrollo social hacia la centralidad del mercado”. Para finalizar esta reseña, diría que el Estado no sólo es una de las más importantes instituciones modernas, sino que es también el hilo conductor de esta reflexión porque en él están cifradas nuestras posibilidades de conducir nuestras vidas, de ser partícipes directos de la construcción de hilos conductores que nos permitan bordar la nueva sociedad del siglo XXI.

RAMÓN VARGAS MASEDA
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM